



## OPINIÓN

### *Énfasis economicista y las lecciones del debate Chile-Bolivia*

## La diplomacia de los negocios es insuficiente

**Eduardo Gudynas**



Firma del TLC entre el representante de EE.UU. Robert Zoellick y la canciller chilena Soledad Alvear

• *Chile es el único país de América del Sur que no es un miembro pleno de un esquema de integración regional; abandonó el grupo andino hace años y en el MERCOSUR, sólo es un miembro asociado. En los últimos meses, su posicionamiento externo osciló entre mantener la independencia en el Consejo de Seguridad de la ONU, en el tema de la invasión a Irak, y en representar uno de los apoyos más fuertes que tiene Washington para promover su agenda de libre comercio. Esto genera algunas desconfianzas entre sus vecinos.*

Deseo presentarles algunas lecciones que deja un tema controvertido y polémico: las relaciones de Chile con Bolivia. Justamente uno de los resultados, en parte inesperado, de la cumbre presidencial de Monterrey, fue el reclamo público del nuevo presidente de Bolivia, Carlos Mesa, de una salida soberana al mar. No deseo enfocar ese problema atendiendo a ese reclamo; no intento considerar cuál es la posición que dispone de más y mejores argumentos.

Sin embargo, esa polémica deja en claro lecciones muy importantes para aquellos interesados en el comercio justo y los procesos de integración. La disputa entre esos gobiernos representa una consecuencia de relaciones exteriores ensimismadas con el campo comercial. Este hecho está pasando casi desapercibido en Chile así como en los países vecinos, pero merece la mayor atención.

Chile ha orientado su relación con el mundo enfatizando el comercio, apelando a una postura conceptual que defiende el "libre comercio". Unos consideran ese hecho positivo (como

expresión de haber dejado atrás los problemas típicos de América Latina), mientras otros lo consideran negativo y cuestionan un cierto aislacionismo de ese país.

Siguiendo esas ideas, en el día de hoy Chile es el único país de América del Sur que no es un miembro pleno de uno esquema de integración regional; abandonó el grupo andino hace años y en el MERCOSUR, sólo es un miembro asociado. En los últimos meses, su posicionamiento externo osciló entre mantener la independencia en el Consejo de Seguridad de la ONU, en el tema de la invasión a Irak, y en representar uno de los apoyos más fuertes que tiene Washington para promover su agenda de libre comercio. Esto genera algunas desconfianzas entre sus vecinos. Además, intenta promover al actual ministro del Interior, José Miguel Insulza en la secretaría de la Organización de Estados Americanos (OEA), pero entra en controversia con el presidente de Venezuela, Hugo Chávez, por su apoyo a una salida al mar de Bolivia y pocas semanas después sufre en Monterrey el intercambio con el presidente de Bolivia.

En este camino, Chile ha privilegiado en sus relaciones internacionales los vínculos comerciales. La energía negociadora se ha puesto más en los negocios que en las articulaciones políticas: se enfatizan los TLCs antes que las concertaciones políticas. Ese énfasis comercial no quiere decir que se navegue en un vacío "político", sino que ésta es concebida como secundaria. Se entiende que la política es una consecuencia de las relaciones comerciales. En ese caso, los últimos gobiernos de la Concertación defienden una relación política de mínimos dentro del MERCOSUR. En los hechos, prevalece una agenda comercial, y por ello Chile se mantiene apenas como "estado asociado" de ese bloque. Defiende el modelo de Alca "fuerte" promovido por Washington, que si fuera aplicado liquidaría procesos de integración más amplios, como el que intenta el MERCOSUR.

Algunos de estos aspectos, son parte de los fundamentos conceptuales economicistas bajo las cuales se construyen las estrategias de gobierno. En ese sentido, las relaciones con Bolivia representaron un caso extremo, porque en los últimos años avanzaron no tanto en la dimensión política sino apuntando a un tratado de libre comercio. El hecho que dos países sin relaciones diplomáticas formales se embarquen en discutir un TLC, resulta más que llamativo. Fue un caso único en el mundo, en el cual se privilegia un vínculo comercial por sobre uno político. Al parecer, no preocupaba la ausencia de intercambio de embajadores, mientras hubiera intercambio de mercancías.

El resultado de esa estrategia está a la vista. Las negociaciones se suspendieron y recrudeció la polémica con los bolivianos. En estos años no se construyó un espacio político de discusión. Producto de ello, la polémica actual no tiene un escenario de negociación, irrumpiendo en los lugares más inesperados, arrastrando de manera desordenada a otros países vecinos, como Argentina.

Uno de los puntos más importantes aquí no es tanto la legitimidad de los reclamos de Bolivia o la corrección de las respuestas chilenas. Ha quedado en evidencia que una diplomacia restringida a los negocios es insuficiente. La visión economicista ingenuamente suponía que los TLC podrían encauzar diferencias políticas, incluso rivalidades nacionales. Pero eso no es todo: además, se ignoró que un acuerdo comercial por sí solo no permite generar "políticas regionales". Seguramente tendríamos otra situación si Chile y Bolivia estuvieran inmersos en un proceso de integración político y tuvieran un espacio para generar una política común

energética, conjuntamente con los demás vecinos del Cono Sur.

Existen otros ejemplos del énfasis economicista de las relaciones internacionales del gobierno chileno: la falta de apoyo sustancial al esfuerzo brasileño de crear un bloque sudamericano como contrapeso a los bloques del norte, o la alineación con Estados Unidos, México y Canadá en las negociaciones del ALCA. En la última reunión ministerial del ALCA, en Miami, el gobierno de Chile presionó conjuntamente con aquellas naciones por un acuerdo más profundo que el deseado por Brasil o Argentina. Con ello se erosionan los procesos regionales de integración (especialmente el Mercosur) y se generan desconfianzas con algunos vecinos.

La actual polémica con Bolivia además de demostrar la insuficiencia de un relacionamiento exterior restringido al comercio, arroja a Chile de regreso a América Latina. Algunos ya lo creían "fuera" de la región, olvidando que está geográficamente atado a sus vecinos. No se puede escapar de la "familia geográfica". Además, ese debate lo ata a un vecino que es uno de los países más pobres de América Latina, sumido en fuertes convulsiones sociales internas, que en muchos casos han sido consideradas como el contrario de la imagen que defiende el gobierno de Chile.

Considerando estos puntos, el actual debate Chile-Bolivia ofrece al menos una lección importante: un relacionamiento entre naciones ensimismado en el comercio siempre es insuficiente. El reduccionismo economicista no logra generar articulaciones sostenidas entre los países, apenas mantiene adormecidas las tensiones en los campos no-económicos y no ofrece espacios de coordinación productiva. Estos problemas indican que es necesario volver a poner en primer plano la necesidad de un proceso de integración, que sea esencialmente político, y desde allí poder generar relaciones comerciales, así como en otros campos. Los éxitos comerciales siempre son provisorios, y son justamente los acuerdos políticos los que pueden generar alternativas para enfrentar las crisis. Un comercio justo siempre es mucho más que el simple intercambio comercial, y es también una construcción política que se nutre del diálogo.

---

\* E. Gudynas es analista de información en D3E (Desarrollo, Economía y Equidad América Latina), Montevideo [[www.integracionsur.com](http://www.integracionsur.com)].